

UNA OBRA CON VOCACIÓN DE IMPRESCINDIBLE

Rafael Díaz – Juan Pablo González

Cantus Firmus. Mito y Narrativa de la Música Chilena de Arte del siglo XX
Amapola Editores Ltda., Santiago de Chile, agosto de 2011, 173 pp.

*Fernando Letelier Baltierra**

Profesor de Educación Musical

*Ex-Profesor de las universidades de Chile, Metropolitana de Ciencias de la Educación,
del Bío-Bío y Arturo Prat.*

1. LA INEXISTENTE (AUNQUE PERSISTENTE) MÚSICA CHILENA “DE ARTE”.

Si uno se basa en las informaciones “artísticas” que habitualmente aparecen en los medios de comunicación social, o recorre las programaciones de los canales de televisión (incluyendo los “culturales” del cable), la música chilena que no pertenece al ámbito de lo popular (entendiendo por “popular” que se expresa casi exclusivamente a través de la canción, usa agrupaciones instrumentales originadas en el rock o el neofolclor y se escribe – cuando eso llega a ocurrir – en un lenguaje eminentemente tonal) carece de existencia en lo absoluto... Casi nunca se encontrará un comentario o se escuchará una obra. Y digo “casi” porque, muy ocasionalmente, puede aparecer alguna mención en la señal de cable de Canal 13. Los tiempos de Fernando Rosas o Jorge Dahm en la televisión abierta, lamentablemente, ya son apenas un recuerdo borroso en blanco y negro...

Por otra parte, los salvajes criterios comerciales llevan a que la cada vez más

* Correo electrónico: letelierbaltierrafernando@gmail.com. Artículo enviado el 15-1-2012 y aprobado por el Comité Editorial el 5-3-2012.

escasa gente que busca adquirir música docta o de arte mayor deba conformarse con los clásicos de siempre: Beethoven, Bach, Vivaldi, Brahms, Chopin, Mahler y otros pocos elegidos que seguramente tienen venta asegurada en las disquerías, y de los cuales se recorre su catálogo una y otra vez. Eso en las ciudades grandes, porque en la provincia “profunda” ni siquiera existen tiendas de música, a lo más algunos puestos donde comprar los últimos éxitos del reggaeton, los Wachiturros o Los Charros de Lumaco. Las radios – salvo contadísimas excepciones en Santiago, Concepción y un par de ciudades más – han eliminado todo vestigio de programación “clásica”, incluso en el tradicional feriado de Semana Santa.

En más de una ocasión me ha tocado ver y escuchar a los esforzados profesores de música provincianos quejarse por la dificultad extrema para ejercer su función (por lo demás, hartó subvaluada) debido a la carencia de materiales. Me consta que muchos de ellos ni siquiera han oído hablar de compositores chilenos, exceptuando quizás a Enrique Soro. Y de escuchar obras suyas, menos todavía... Y no es su culpa: sus formadores también los desconocen, por lo que mal podrían habérselos mostrado. Y el círculo vicioso continúa perpetuándose.

Sin embargo – parafraseando a Galileo – la música docta chilena se mueve... En las universidades que tienen facultades dedicadas a ella, claro, pero además en otros rincones, porfiadamente. La vocación persiste, aunque quien la sigue deba subsistir mediante otras tareas, aunque se estrene poco o nada y las grabaciones sean escasas (y caras) por decir lo menos. La música sigue estando ahí, pese a que el gran público la ignore en todos los sentidos. Y no por su voluntad...

Es un panorama sin duda desolador, aunque real. Y es que – exceptuando “Músicos sin pasado” de Roberto Escobar, aparecido en 1971 pero que no tuvo tanta repercusión ni incluía ejemplos sonoros - desde “Oyendo a Chile” de Samuel Claro (publicado en el ya muy lejano 1979), no se ve en las librerías un texto útil, accesible y – mejor aún – acompañado con grabaciones ilustrativas. Es verdad que, abnegadamente, Santiago Vera Rivera ha luchado por grabar y difundir una gran cantidad de obras a través de su sello discográfico, pero sin lograr la penetración masiva que se necesita.

Por eso la aparición de un libro como el pretendo comentar es tan trascendente, y por eso es que, más adelante, intentaré demostrar su condición de imprescindible, sobre todo mirando hacia la educación.

2. UNA SINGULAR ESTRUCTURA: LOS 40 “CANONIZADOS”.

Rafael Díaz y Juan Pablo González - docentes universitarios de dilatada trayectoria y amplios estudios en la especialidad en diversos centros académicos del mundo, y a quienes no tengo el honor de conocer - entregan una obra que, a pesar de lo elevado de sus pergaminos, resulta sencilla de comprender (y además entretenida de leer) para quien tenga un mínimo de conocimientos musicales.

El libro, financiado por la Vicerrectoría de Investigación de la Universidad de Chile y la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso, propone un “canon” singular. En un elegante formato “apaisado”, como un álbum, desfilan cuarenta obras claves del siglo XX en Chile y sus compositores, al estilo de – según señalan los autores – “Los 40 Principales”, un conocido ranking popular radial originado en la Madre Patria. El criterio de selección – con las debidas reservas, claramente expresadas por los autores en las páginas introductorias – ha sido el de elegir aquellos compositores más valorados por los intérpretes y sus pares y que, además, tuviesen obras registradas en disco compacto, una labor que se llevó a cabo desde el sitio web “Guía auditiva de música chilena del siglo XX”. Es así como, pese a los reparos ya mencionados, se estructura el siguiente listado “canónico”, que abarca de 1918 a 1999:

1. Enrique Soro – Gran concierto en Re mayor para piano y orquesta (1918)
2. Pedro Humberto Allende – La voz de las calles (1920)
3. Alfonso Leng – La muerte de Alsino (1921)
4. Acario Cotapos – Sonata Fantasía (1924)
5. Próspero Bisquertt – Procesión del Cristo de Mayo (1930)
6. Jorge Urrutia Blondel – Pastoral de Alhué (1937)
7. Carlos Isamitt – Evocaciones huilliches (1945)
8. Domingo Santa Cruz – Preludios dramáticos (1946)
9. Juan Orrego Salas – Concierto para piano N° 1 (1950)
10. Eduardo Maturana – Diez micropiezas (1950)
11. Carlos Botto – Diez preludios para piano (1952)
12. Leni Alexander – Cinco epigramas para orquesta (1952)
13. Roberto Falabella – Estudios emocionales (1957)
14. Gustavo Becerra – Sinfonía N° 2 De profundis (1957)
15. León Schidlowsky – Concierto para seis instrumentos (1957)
16. Darwin Vargas – Obertura para tiempos de Adviento (1958)
17. Fernando García – América insurrecta (1962)
18. Gabriel Brncic – Quodlibert III (1966)
19. Miguel Letelier - Instantes para orquesta (1966)
20. Alfonso Letelier – Preludios vegetales (1968)
21. Tomás Lefever – Concierto sinfónico para gran orquesta (1970)
22. Juan Amenábar – Ludus vocalis (1973)
23. Hernán Ramírez – Septeto op. 45 (1976)

24. Cirilo Vila – El fugitivo (1978)
25. Santiago Vera – Silogística II (1988)
26. Eduardo Cáceres – Epigramas mapuches (1991)
27. Sergio Ortega – Tacuabé (1992)
28. Rolando Cori – Give me your heart (1992)
29. Jorge Martínez – Tonada trunca para muchacha roja (1992)
30. Fernando Carrasco – Trihuela (1993)
31. Andrés Alcalde – Llonguein (1993)
32. Luis Advis – Invitación al vals (1994)
33. Boris Alvarado – Ollaqui (1994)
34. Pablo Aranda – Di (1995)
35. Carlos Zamora – Quinteto de vientos N° 1 (1995)
36. Alejandro Guarello – Cuarterola (1998)
37. Gabriel Matthey – Parrianas 1 (1998)
38. Rafael Díaz – Pascual Coña recuerda (1998)
39. Guillermo Riffo – Fejelé (1999)
40. Aliosha Solovera – Mimetis (1999)

Sin duda, como reza el viejo dicho, “no están todos los que son...”, y obviamente cuarenta obras no muestran sino un reflejo pálido de la producción de los compositores incluidos (para qué decir del panorama nacional completo), pero resulta igual un friso impresionante, una antología de fuste como – creo – no se hacía en el país hace por lo menos varias décadas. Hay diversidad no solo generacional, sino también en estilos y técnicas de composición, medios de expresión elegidos, agrupaciones vocales o instrumentales... La ecléctica riqueza musical del siglo XX se nos aparece casi íntegra a través de la selección, desde el post-romanticismo hasta la electrónica severa, pasando por el neoclasicismo, el nacionalismo indigenista, la atonalidad, el serialismo o la búsqueda de una fusión con lo popular, aunada a un revisionismo tonal, que permita acercarse al esquivo auditor. Música sinfónica, pequeñas formaciones camerísticas, lieder, notable presencia de la guitarra, en una variedad que es también ideológica: desde los que escribieron con la mente y el corazón anclados en Europa hasta los que sienten la obligación de testimoniar los conflictos sociales, las injusticias étnicas o las querellas políticas, con una clara intención, además, de rescate de una identidad americana.

Cada reseña incluye una semblanza biográfica del compositor con su fotografía (algo que ciertamente se agradece en la franciscana pobreza de datos disponibles sobre los músicos nacionales ya mencionada) y un breve pero enjundioso análisis de la obra - muy valioso también porque no parte solo de la propia percepción de los autores, como suele ocurrir, sino que recoge opiniones contemporáneas y de otros estudiosos - que ayudará sobremanera a los lectores para acercarse al que es, quizás, el aporte más significativo del texto: un disco compacto con las grabaciones en formato mp3 de las composiciones seleccionadas, obtenidas de

los registros disponibles comercialmente o de los (inalcanzables para el público corriente) archivos sonoros universitarios.

Hay, finalmente, un interesantísimo estudio introductorio que, aparte de servir como justificación del texto y la selección, proporciona una certera visión de la actividad musical en el país durante el siglo XX, la labor de compositores e instituciones académicas y los esfuerzos realizados para registrar y difundir la producción nacional, que resultará de gran valor para los más jóvenes en la tarea de conocer cómo se ha ido desarrollando nuestro quehacer artístico nacional.

3. POR QUÉ SU VOCACIÓN DE IMPRESCINDIBLE...

Tras lo ya escrito, resulta lógico pensar que un texto así debería estar en todas las escuelas y liceos de Chile. Tan obvio me pareció esto que me dediqué a investigar en la web para asegurarme que no se había adoptado ya alguna iniciativa en este sentido. Me encontré con algunos – pocos – artículos laudatorios y el anuncio que el libro se vendería a doce mil pesos en algunas (escogidas) librerías santiaguinas... La verdad es que, actualmente, se puede comprar también en la Feria Chilena del Libro, a... ¡más de catorce mil!

Al margen de cualquier crítica que pudiese llegar a hacerse acerca de los criterios empleados para elegir a los cuarenta compositores o de la eventualmente discutible valoración de una obra por sobre otra que, estando igualmente grabada, no se incluyó en el canon, lo cierto es que este tipo de trabajos nos hace una falta enorme para ayudar a construir una verdadera identidad artística nacional. Pero, ¿cómo podrá un modesto profesor de provincia adquirir el libro, con el precio y la distribución que tiene? ¿Cómo podrán los niños y jóvenes – incluso los santiaguinos – acercarse a la música chilena si nadie les ayuda realmente en el esfuerzo? ¿Tendremos que esperar que algún alma compasiva lo escanee y suba ilegalmente al ciberespacio? Así como estamos, los ciudadanos comunes seguirán siendo dichosamente ignorantes y los artistas seguirán clamando en el vacío.

No creo que la intención de los autores haya sido producir una obra elitista, para compartir solo con los otros iniciados o para engrosar un ya muy nutrido curriculum académico. Es verdad que se hace gala de lenguaje técnico en la mayor parte, pero – como señalé más arriba – éste resulta totalmente comprensible si se posee un bagaje mínimo, como el que debe tener cualquier profesor de educación musical independientemente de la universidad en que se haya formado. Sinceramente creo que los autores deseaban hacer una contribución honesta y valiosa al conocimiento de nuestra música de arte y del oficio de componer en el siglo pasado. Pero no sirve ponerse la venda y pensar que ese

conocimiento llegará al acervo colectivo por el solo hecho de haber publicado una obra significativa, encontrable si se la puede buscar y se tienen los medios para comprarla, como las leyes que rigen para todo el mundo tras su publicación en el Diario Oficial aunque nadie se haya enterado... Con ese criterio, el libro solo será leído por quienes seguramente ya saben lo que allí se dice, y dormirá el sueño de los justos en los anaqueles de alguna biblioteca, como tantas otras obras importantes que no tuvieron la adecuada difusión y terminaron siendo poco menos que una pequeña cita en algún árido estudio bibliográfico.

Años atrás, la empresa Philips hizo un aporte que estimo capital a la cultura del país con sus maravillosos calendarios de pintura chilena, que llevaron a miles de hogares de todas las condiciones tesoros de arte que, de otro modo, habrían continuado siendo patrimonio de unos pocos escogidos... ¿Por qué ahora alguna empresa visionaria (o el Estado, cumpliendo al fin con su deber) no financia una edición quizá no tan lujosa pero que permita que esta excelente antología llegue al Chile real, a aquel que habitualmente debe conformarse con teleseries, *realities* y chismes de farándula? Conozco personalmente a muchos profesores (y ciudadanos corrientes, pero con loables inquietudes culturales) que agradecerían infinitamente esta herramienta, con la que se podría rescatar del involuntario olvido colectivo al menos a un número importante de compositores. Es verdad que actualmente la Internet puede proveernos de muchísimos de los datos y algunos de los audios allí registrados, pero no todo el mundo tiene el tiempo, las facilidades de acceso y la *expertise* para realizar este tipo de búsquedas y, además, no se obtiene la visión integradora ni el soporte físico que proporciona la obra impresa y grabada en "original".

Ojalá alguien con más peso y contactos que este desconocido servidor llegue a leer estas líneas y se motive para golpear las puertas adecuadas, logrando que este texto – al día de hoy verdaderamente imprescindible, puesto que es el único en su género publicado en mucho tiempo – tenga el alcance que la cultura y la educación chilenas necesitan.